

K

# Kafka y lo kafkiano

**"No soy más que literatura y no puedo y no quiero ser ninguna otra cosa"**

**F.K. Diario**

**Edwin Guzmán Ortiz**

(PRIMERA DE 2 PARTES)

Franz Kafka es probablemente el escritor contemporáneo que menos ha envejecido, y a medida que pasa el tiempo se torna fascinantemente actual, a pesar de que su obra se ha escrito a principios del siglo pasado. Checo de nacimiento, no menos judío e inclusive alemán -por la lengua y por su secreto spleen- su condición fue siempre la de un consumado extranjero. Ni de aquí, ni de allá, ni completamente de sí mismo. La extrañeza fue su planeta.

Octavio Paz, escribió alguna vez, que la historia de la novela moderna empezó con un hombre que salió a combatir contra molinos de viento y terminó convertido en una cucaracha. Este encabalgamiento de metáfora y elipsis es lo suficientemente gráfico para retratar en un tris el bucle de la mentalidad contemporánea que discurre entre la locura heroica y la sordidez...

Las novelas de Kafka -La metamorfosis, El Proceso, El Castillo, además de otras- son las diferentes caras de un poliedro que recrea, un mundo enigmático y espectral. Su novelística se halla impregnada de nihilismo, y termina insinuando como Bataille "No odio en absoluto a Dios, en el fondo lo ignoro".

En sus páginas -como en la vida- el hombre cotidiano es asfixiado e integrado a una maquinaria anónima a través del hiperracionalismo del dominio burocrático, equidistante por lo demás de todo atisbo de humanidad. Trituradora de los idealismos y de la incapacidad de trascender al futuro, la zaga kafkiana es un revelador de la afición metafísica que sobrevuela la mentalidad de occidente invidente.

En "El Proceso", la ley no es una alternativa, es un punto ciego. La ley que pretende ser todopoderosa es un telón de fondo que escenifica la ataraxia de algo que pretende moverse sin moverse. Mas, Kafka juega con las armas del placer, el

horror y la muerte, modos contralegales que escamotean su imperio, y la trascienden en una paradoja vehemente.

Para Kafka no es necesario diseñar laberintos, jugarse el ars del dédalo. La escenificación de sus novelas, ese espacio novelesco tan propio y suyo -y acaso nuestro- es de por sí la zona privilegiada del extravío. Todos sus caminos conducen a ninguna parte. La culpabilidad es un designio inexplicable; una especie de infección inmemorial. Las cosas se dan porque sí. No hay explicaciones. Todo discurre en un mundo infralógico. Simplemente no queda más que avanzar entre enigmas; de este modo, se vive la trágica aventura de la dispersión del destino.

Los escuetos personajes de Kafka se hallan capturados en un orbe metonímico, sufren la fijeza de un transfondo que no dice nada, donde apenas cabe una atmósfera de insinuaciones y sensaciones

inacabadas. La habilidad kafkiana crea un paquete lógico de actos en un fondo vacío que se repite en un relenti dramático. El enigma, la obscuridad, el misterium vacui son el medio donde la condición humana -tan deleznable- se mueve bajo el sol retinto de la errancia inmóvil.

Kafka emplea el anonimato de sus principales personajes ("K") para sacar a luz su cualidad trascendente. Estos, burlan el entorno que podría definirlos y son capaces de arraigar en muchos espacios disimiles. Cual operadores identitarios múltiples, son sin un rostro. Exiliados - como los judíos- son capaces de transgredir límites y rebasar la ambivalencia del bifronte Jano. Él y los K son el anónimo que está siempre en busca de una comunidad, de un lugar donde estar.

La vida del propio Kafka, mitad judío, mitad alemán, escarna asimismo el tema del exilio y la extraterritorialidad.

(Continuará)

